

NATURA

REVISTA QUINCENAL
DE
CIENCIA, SOCIOLOGÍA
LITERATURA Y ARTE

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Florencia Blanca, 126, 1.º, 2.º.—Horas de oficina: de 1 á 2 y de 8 á 9



Lecciones

El hombre actual, infatuado con su progreso industrial y científico, se ha habituado á mirar con demasiado desdén, desde lo alto de la civilización moderna, las mentalidades de los tiempos que fueron, las maneras de sentir, de obrar, de pensar, que caracterizan las colectividades humanas anteriores á la nuestra y ha llegado hasta á creer que no hay más inteligencia que la nuestra, otra moralidad que la que se acomoda á nuestras fórmulas, y ha olvidado que nuestras instituciones no son el producto de una generación espontánea, que derivan del alma humana que no cesa de moldearlas y modificarlas á su imagen.

¡Las bestias! ¡Las razas inferiores! No creemos nosotros sean de desdeñar las lecciones que nos dieron y nos dan. Directamente de ellos procedemos. Y creemos aún más. Creemos que lo bueno y lo malo que nuestra civilización encierra, no es más que el desarrollo de la bondad y de los errores de los primitivos, sin que la humanidad, moralmente hablando, haya avanzado gran cosa.

El hombre primitivo era un niño, un niño todo primavera y todo esperanza. Pero el hombre hecho — dice el etnólogo Elías Reclus — ¿mantiene aquellas primeras promesas? De todo lo que pudo ser ¿qué ha realizado? La menor parte... (1).

Y ¿quién sabe! acaso haya desarrollado lo peorcito de aquellas lejanísimas épocas y atrofiado lo mejor que contenían. Ya la sociología nos hace entrever la posibilidad de que la humanidad se emancipe de ciertas instituciones actuales que tienen sus orígenes en lo más bárbaro del pasado y vuelva á un punto de partida que desarrolle otras que estaban en germen, si así podemos decir, entre los primitivos.

Y como escritores hay que, infatuados por la civilización presente, niegan virtualidad á ideas y sentimientos que asoman en el horizonte con promesas de renovación social, y se la niegan sin más razón que no fueron jamás un hecho real en la historia del pasado (2), nosotros nos complacemos en trasladar á las columnas de NATURA «hechos» demostrativos de que los ideales nuevos tienen también su origen, su fuente, en las épocas prehumana y prehistórica, tanto ó más que las ideas que informan nuestras instituciones sociales.—N. DE R.

«Como las moléculas, obedeciendo á las leyes de la afinidad y de la cohesión, se organizan entre ellas, así los hombres no tienen necesidad de ningún poder engañoso para vivir en sociedad... Anárquico es el pensamiento y hacia la anarquía va la historia. El pensamiento de cada hombre es autónomo y todos los pensamientos de cada hombre se organizan en un pensamiento colectivo que mueve la historia...»

Dottrina dei partiti in Europa, pág. 126.

JUAN BOVIO

«La afirmación de que el socialismo conduce al comunismo es exacta, y aun podría decirse que toda la evolución social; pero es un error, en que ya incurren pocos, asegurar que nos llevaría al absolutismo. Por el contrario, el socialismo va á la desaparición del Estado.»

Heraldo de Madrid, 26 Enero 1903.

JUAN JOSÉ MORATO

«Cada sér humano tiene tal idea de su importancia individual que, en su orgullo, mira á los demás como inferiores; pero esta misma idea le engrandece, empujándole por el camino de su perfección, porque vendrá un día, en que, sin perder el convencimiento de su fuerza, comprenderá la igualdad moral de su raza, como ha comprendido ya la igualdad legal y política, y entonces desaparecerán para siempre todas las tiranías: la del fanatismo, la de la autoridad y la del dinero... Ese día se aproxima...»

Aventuras de un muerto.

GASPAR NÚÑEZ DE ARCE

Á pesar de la poética descripción que nos ha dejado Virgilio, es dudoso que la enemistad y la rivalidad de dos reinas suscite luchas y matanzas entre las colmenas

(1) *Les primitifs*, prefacio.

(2) En *El Diluvio*, de Barcelona, hemos leído varias veces esta afirmación anticientífica.

y los enjambres. El hecho es difícil de admitir, pues ya hemos visto que las obreras contemplan tranquilamente como las reinas ventilan ellas mismas sus diferencias, contentándose con el papel de testimonios. Mas admisible es que estos combates entre los enjambres se libren por la preciosa posesión de una reina. De todos modos no es raro ver dos enjambres, en medio de los cuales solamente se halla una reina, que en lugar de combatir se entienden, en el interés general, para reunir sus fuerzas y emplearlas en mejores usos. Acaso las abejas se han vuelto más prácticas desde los tiempos de Virgilio, acaso se han dado cuenta, á lo cual no ha llegado aún el hombre, de que la guerra es uno de los mayores males y una de las peores tonterías del mundo, sobre todo cuando se emprenden, no en interés del pueblo, sino en interés del soberano.

Después de la marcha de la vieja reina se necesita algún tiempo para que se restablezca la calma en el interior de la colmena, á pesar de que las obreras, con su sabiduría ordinaria, en lugar de tomar parte en estas luchas, trabajan con todas sus fuerzas para pacificarlas. Para esto dan una alimentación proporcionalmente graduada á las diferentes larvas de las reinas futuras aposentadas en el departamento real, á fin de poner obstáculo á su nacimiento simultáneo. Con este mismo fin retienen en su celda á una reina ya nacida hasta la época de enjambrar. Si todas estas precauciones fracasan y dos reinas nacen á un mismo tiempo, ó una inmediatamente después de otra, se ponen á luchar entre ellas hasta que una consigue la victoria. Pero las abejas obreras se abstienen de tomar parte en estos duelos de pretendientas á la corona, duelos á los que asisten tranquilamente, cruzadas las patas exteriores, aclamando á la vencedora, á la que rinden homenaje. En cuanto al cuerpo de la difunta, se contentan con arrojarlo fuera de la colmena. Esta es ciertamente una conducta de políticos hábiles, y bajo un doble aspecto: primeramente, porque las abejas toman por regla de conducta el hecho consumado; luego porque dejan que sus dueños diriman por sí mismos sus diferencias sin mezclarse en ellas. Los soberanos humanos obran de muy diferente modo. Cuando tienen que ventilar una querella, la sangre de sus súbditos es la que corre á mares y sea cual fuere el resultado de la lucha, son siempre los súbditos los que pagan los platos rotos, *vencedores y vencidos*. *Quidquid delirant reges, plectuntur Achivi*. «Los reyes deliran, los pueblos pagan.»

En la comunidad de las abejas un miembro vale lo mismo que otro y todos realizan en toda su plenitud el bellissimo principio de «cada uno para todos y todos para cada uno». La propiedad privada no existe, tampoco la familia, no hay habitaciones separadas, todas viven juntas en masa compacta en el fondo del común local, entre los estrechos intersticios de los radios. La construcción, el aseo de la colmena y otros trabajos continúan en parte durante la noche. Todas las provisiones son comunes; no hay más almacenes que los de la comunidad, donde todas las abejas sin distinción hallan su parte de alimento. Si sobreviene el hambre, mueren todas. En este caso la reina sufre una excepción, pues goza del privilegio de morir la última. Cuando las provisiones escasean, ó cuando la persistencia del mal tiempo las amenaza con un hambre próximo, las abejas sacrifican egoísticamente la progenitura, sobre todo la masculina, arrojándola fuera de las celdas. En caso contrario, si el botín cosechado es tan abundante que no hay bastante sitio para almacenar las provisiones, recurren al mismo procedimiento arrojando

la proge-
sario.

En la
del comu-
abandona-
pequeña,
ejemplo
sociedad
un impos-
la ociosid-
como un
sociedad
trabaja,
que form-
esta conc-
literalme-
de una
Virgilio

«Á m-
y sucum-
flores y t-

Los f-
tado de
pequeña
que por c-
Á esto r-
criba al
hipótesis
colmena
lazos y la
y en el va-
con su pr-
deduccior-
He aquí
de un ins-
una colm-
ducirse f-
de la vigi-
Europa t-
te en orde-
el invierno
en un paí-
patible co-
De La Vida

El asp-
ambientes
numeroso

la progenitura fuera de las celdas ó reduciéndola al número estrictamente necesario.

En la organización del trabajo las abejas han realizado el ideal más elevado del comunismo. Siendo el trabajo entre ellas libre, voluntario, completamente abandonado á la iniciativa individual, cada una hace la suma de labor, grande ó pequeña, que le place. *Pero tampoco hay holgazanías entre ellas*, porque el ejemplo general ejerce una poderosa influencia sobre todas, y porque en una sociedad donde *todas* trabajan, la ociosidad constituye un monstruoso fenómeno, un imposible, mientras que, al contrario, *en nuestro medio social tan ensalzado*, la ociosidad de los individuos está no tan sólo tolerada sino que es considerada como un hecho muy loable y natural. Formando cada individuo parte de una sociedad comunista debe estar penetrado, como la abeja, de la conciencia que trabaja, no para los demás, sino para el bien general y para el bien propio, pues que forma parte integrante de la comunidad. Tan animadas están las abejas de esta conciencia, ponen tanto celo y ardor en sus trabajos, que algunas se extenuan literalmente, á fuerza de trabajar, en el curso de pocas semanas, aunque la vida de una abeja obrera no dure por lo general más allá de nueve ó diez meses. Virgilio podía decir con razón:

«Á menudo, en sus correrías errantes se rompen las alas contra las piedras y sucumben voluntariamente ante un pesado trabajo; tanto llegan á amar las flores y tan orgullosas están de producir miel.»

Los filósofos partidarios del instinto no dejarán de decir que esto es el resultado de un instinto innato, invencible, implantado por un poder superior en la pequeña alma de la abeja; instinto contra el cual el insecto es incapaz de luchar y que por consiguiente no es cuestión de mérito ni de demérito, ni de premeditación. Á esto responderemos: primeramente, que es difícil admitir que el instinto prescriba al animal actos perjudiciales á su conservación; segundo, que semejante hipótesis concuerda mal con el ejemplo arriba citado, de estos miembros de una colmena que han quedado sin soberana y que habiendo perdido con su reina los lazos y la razón de ser de la comunidad, cesan de trabajar y caen en la ociosidad y en el vagabundaje. Sería pues, después de un suceso fortuito, cuyo lazo indirecto con su propia existencia no podría ser percibido sino por una serie de raciocinios y deducciones, que estas últimas habrían perdido su ardiente gusto por el trabajo. He aquí un fenómeno completamente inexplicable si este gusto fuese el resultado de un instinto innato, independiente de la voluntad del individuo. Los miembros de una colmena huérfana se dispersan ó buscan, para procurarse el alimento, introducirse furtivamente en otra colmena, tentativa que casi siempre fracasa á causa de la vigilancia de las centinelas que rechazan á las intrusas. Algunas abejas de Europa trasportadas á Australia han continuado teniendo su colmena perfectamente en orden, pero han cesado, al cabo de algunos años, de amasar provisiones para el invierno, porque la experiencia les ha enseñado la inutilidad de semejante tarea en un país donde reina un verano perpétuo. Este hecho sería completamente incompatible con la hipótesis de un instinto innato impulsando irresistiblemente al trabajo.

De *La Vida psíquica de las bestias*.

Luis Büchner

El *aspergillus niger* es uno de estos microbios aerobios que viven en los mismos ambientes y tienen las mismas necesidades y son individualmente más fuertes, más numerosos y más prósperos con una misma cantidad de alimentos cuando se les

cultiva en dos cubetas separadas, que cuando se les reúne en una misma cubeta de superficie doble. Dentro de una sola se perjudican mutuamente, de otro modo viven en paz en cada comunidad. Pasteur nos ha enseñado con sus investigaciones sobre los seres aerobios y anaerobios, que especies con necesidades diferentes pueden habitar perfectamente en un mismo medio, no tan sólo sin perjudicarse, sino hasta prestándose mutuos servicios. Así, pues, hallamos en el mundo de los infinitamente pequeños el individualismo y el espíritu de asociación, es decir, las dos fuerzas sin cesar en lucha en la naturaleza viviente y necesarias las dos. Pero, más afortunada que en otras partes, la ciencia ha aprendido á disciplinarlas y á mantenerlas en equilibrio al mismo tiempo que exalta una y otra. Del mismo modo que soñamos con una humanidad más fuerte, podemos, pues, por consiguiente, soñar con otra más humana fundada en la armonía de los intereses y no en su antagonismo.

Tratado de biología, tomo I.

E. Duclaux.

Los lógicos han definido muy mal el espíritu humano dándolo como razonable. La razón, dicen, es un atributo del hombre. Pero si así es, que lo prueben, si pueden. El sabio Aristóteles y el jesuita Smiglecius (1) se esforzaron, con raciocinios especiosos, en demostrar rigurosamente, por definición y división, que *Homo est ratione peditus* (el hombre está dotado de razón), pero á fe que no puedo creerlos bajo su palabra, y á pesar de ello sostengo que todo lo que hace el hombre es locura y que este pretendido rey de la naturaleza no pasa de ser una criatura débil y errante; que el instinto es un guía mucho más seguro que la razón, orgullo de los mortales fanfarrones; y que las bestias brutas están más adelantadas que él: *Deus est anima brutorum* (Dios es el alma de los animales). ¿Quién vió jamás una honrada bestia llevar ante los tribunales á su vecino, ó armarle un proceso por lesiones, ó engañar á un amigo con embustes y halagos? Á través de las llanuras los animales vagan libres y no hay política que turbe su espíritu; tragan sus comidas, juegan tranquilamente, ignoran quién está ó deja de estar en el poder, jamás hacen antesala en casa de un príncipe odiado tratándole como si fuese un amigo; no importunan á los reyes, ni doblan el espinazo en presencia de sus favoritos, ni emprenden negocios sucios, ni ponen su pluma al servicio de los grandes. Entre los honrados cuadrúpedos son desconocidos los maestros de danza, los ladronzuelos, los prestidigitadores políticos y demás gente de esta ralea. Tampoco tienen conductores de rebaños. Las bestias no se reúnen nunca para librar batallas sangrientas, ni se devoran por una nómina. De todos los animales el que más se acerca al hombre por la forma es el mono. Como el hombre, imita todos los modales y la malicia es su pasión dominante; pero en materia de maldad y de muecas, un cortesano da quince y raya á cualquier mico. Observad, sino, como se presenta doblado en casa del ministro y como poco tiempo después imita las maneras y actitud de éste en presencia de sus inferiores. Promete con el mismo aire de gran protector y olvida enseguida lo prometido. Á su vez encuentra también el cortesano sendos imitadores: los porteros, los lacayos, los criados, imitan á sus dueños jugando á los llores y á los duques. En la corte, grandes y pequeños, todos, todos, todos se portan del mismo modo, como micos.

Miscellaneous Poems.

Oliverio Goldsmith.

(Continuará.)

(1) Jesuita polaco muerto en 1618 que escribió un *Tratado de lógica* usado en las Universidades extranjeras de aquella época.

El peligro amarillo

Todos los escritores de nota se ocupan actualmente del *peligro amarillo*, frase que inventó el Kaiser, mientras invadía China y se apoderaba de Kiao-Chau. ¡Brava manera de evitarlo!

En todas las épocas críticas se han inventado conceptos por los dominadores de pueblos para distraerlos de la idea de combatir la tiranía.

La primera vez que el emperador alemán habló del peligro amarillo, como para justificar la actitud invasora de las potencias blancas en China no se hizo gran caso, porque era un prejuicio elevado á axioma que las razas amarillas no podían civilizarse por su *notoria inferioridad*.

Pero la actual guerra ruso-japonesa ha conmovido profundamente, por cierto, más á las *gentes sabias y gobernadoras* que á los pueblos, y se ha resucitado la cuestión de razas para justificar todas las tropelías y encantar á los trabajadores para que hagan coro á favor de los tiranos expoliadores y puedan éstos contar con el apoyo popular para dominar á las *razas inferiores*, que no merecen otra cosa que la dominación de la raza blanca, privilegio adquirido en nombre de la *civilización*.

Asombra contemplar los esfuerzos que hacen los *sabios periodistas* reaccionarios para sugestionar á las masas con esos maquiavelismos: uno hace la anatomía del japonés; otro exclama: ¡cuándo el Japón nos ha dado un Shakespeare, un Wagner, un Cervantes, un Zola, un Edison!; otro cuenta los millares de millones de amarillos, y parece que ya se nos vienen encima cual mangas de langosta; otro predice la vuelta á la barbarie; aquél nos habla de las religiones; estotro de los derechos humanos; y, en

fin, todos cantan el más tierno y sentido himno á la *superioridad de la raza blanca!*...

Ya que ahora no haría efecto otro Pedro el Ermitaño para la conquista del santo sepulcro, ni la amenaza del fin del mundo, como el año 1000; que ya mengua el interés por la constitución de las grandes nacionalidades y las agrupaciones de las razas europeas; ahora se nos sugiona para dirigir nuestras miradas á la conquista (como antes de la América) del continente africano y de los inmensos territorios asiáticos. En esto estábamos muy conformes, al parecer, los blancos, sobre todo con la forzada resignación de negros y amarillos, cuando el Japón nos ha sorprendido con la certera lanzada al coloso ruso; y se ha pensado en la emancipación americana, en la rebelión de los cipayos, en el posible levantamiento de la raza amarilla y aun en ser nosotros conquistados por ella.

Pero, y la lógica ¿dónde queda? Se niega á los japoneses la posibilidad de alcanzar nuestra civilización, y se teme que lleguen á ella al punto de combatirnos y conquistarnos con nuestras propias armas y elementos. Luego, ó no pueden los amarillos dar más de sí, y entonces no hay ya el peligro famoso, ó su inferioridad, si realmente es cierta, no lo es hasta el punto de que no puedan alcanzar nuestro estado de civilización, y entonces su dominación no podría afectarnos más que la de los actuales dominadores, y la barbarie no resucitaría.

Por el momento tenemos que el Japón en cincuenta años ha hecho una evolución tan radical, que ningún pueblo europeo ofrece igual fenómeno, inclusive Estados Unidos. No sólo ha pasado el Japón del régimen antiguo absolutista

al constitucionalismo más puro, sino que ha adelantado á todos los pueblos europeos y americanos en la cuestión social, implantando legalmente el salario mínimo y la jornada máxima de trabajo, que, si no me equivoco, es de 7 horas; la libertad de la prensa, de asociación, los derechos individuales, son tan efectivos en el Japón como en Europa; apenas si hay algún analfabeto en aquel país, y todos los conocimientos humanos se cultivan y propagan en aquel imperio. No hay que decir respecto á industrias é inventos, que conocen como nosotros; y en la guerra, ya se ha visto su preparación y éxito, siendo sus ejércitos y su táctica y su heroísmo y sus perfectas administraciones y ramas técnicas objeto de estudio por parte de los generales europeos. ¡Cuántos pueblos de Europa y de América distan de semejantes progresos y de parecido estado de civilización!

Esto, si querer profundizar la cuestión de si nuestra civilización es la superior, la verdadera, y de si somos tan miopes que no alcancemos á ver que, no porque una civilización sea diferente de la nuestra, no pueda ser igual ó quizás superior á la que reputamos como grande, sublime y única. Muchas veces han sido los chinos que han demostrado nuestras lagunas, que no sabemos ver, y nos han mostrado las bellezas de la raza amarilla. Habrá patriotismo en todos, pero también hay hechos positivos para aplacar el orgullo de la raza blanca, cuya civilización es más ficticia que real, tan plagada de prejuicios, preocupaciones y barbarismos como en los pueblos de raza amarilla.

Pero si nos equivocáramos en favor nuestro, esto es, que no hay más ni mejor civilización que la de los blancos, el ejemplo japonés nos probaría la facilidad de adquirirla y poseerla los amarillos, y que su aparente estacionamiento, según nuestro juicio, no significaría más que los estacionamientos que ha sufrido la

raza europea, como por ejemplo la de la edad media, tan larga y bárbara.

De la raza india no puede decirse que sea inferior á la nuestra, y su inferioridad en civilización tal vez se explique, ó ya por influencia del clima, ó ya por la infiltración del fatalismo religioso, ó por ambas cosas á la vez, como podría decirse de los turcos. Algún día, como se va ya acentuando, llegarán á nuestra altura, y, lo que ya es admitido por los que ven claro, se emanciparán de Inglaterra y de los opresores europeos.

Así no se trata, pues, de razas cuya inferioridad les coloque, como han sostenido ciertos *sabios*, más próximos á determinadas especies de animales que á los hombres, del mismo modo que se juzgara antes á los esclavos, por el mero hecho de serlo, con respecto á los emancipados. ¡Fatuidad y soberbia estúpidas!...

Y veamos también el modo de contar. Se exclama con énfasis: «¡Figuraos cuatrocientos millones, como cuenta China, invadiendo Europa! ¡Horror de los horrores!»

Y bien: contra una población de cuatrocientos millones amarilla, puede oponerse la de otros cuatrocientos millones de población europea, armada hasta las más elevadas cumbres, y sembrado su suelo de cañones y sus mares de fortalezas movibles, sin contar doscientos millones de blancos americanos que seguramente nos apoyarían.

Pero, para hacer impresión fuerte, se añade: «Es que podrían venir tras los chinos, todos los asiáticos, es decir, millares de millones, cuanto amarillo ó amarillento haya en todo el globo terráqueo».

En primer lugar, se habría de admitir que á la vez, como en el artificio de un escenario, todos los pueblos efectuaran á un tiempo la evolución civilizadora (que sería una gran cosa) y que todos se avinieran sin más ni más á una aventura

tan extraordinaria y de dudosos resultados, como lo enseña actualmente el ejemplo de la poderosa Rusia, vencida por la bizarría de una pequeña nación, sólo porque ha de guerrear á gran distancia de sus naturales centros, y como se demostró con la guerra con los boers, que poco faltó para que un puñado de hombres venciera á la Gran Bretaña.

Si un tiempo los mongoles invadieron la Europa, como los africanos, las circunstancias eran bien distintas, ni los amarillos eran lo que son, ni los europeos estaban como actualmente.

Además, en la hipótesis de que la raza amarilla sólo pretendiera dominarnos, lo que no se ha dicho más que por los europeos, y falta saber si tendrían esta intención, y no la única de hacer en sus países lo que les parezca bien con prescindencia de blancos, que sólo los conocen por bárbaros, explotadores y usurpadores, puesto que sólo para explotarlos y usurpar territorios han ido los europeos á aquellas regiones, al fin y al cabo no harían los amarillos ni más ni menos que lo que han hecho los blancos con ellos, y, por tanto, no hay razón en quejarse de que aquellos polvos traigan estos lodos, compitiendo no en civilización sino en barbarie.

Pero es que eso es un fantasma de alta conveniencia para los dominadores de blancos y de amarillos y de negros. En el caso de desarrollarse en Asia *nuestra civilización*, conforme con lo que ha pasado con nosotros, se pasarán siglos para destruir preocupaciones y adoptar nuevo orden de cosas, y después los mandarines de una nación se pelearán con los de otra para robarla y dominarla, y sólo cuando no sepan ya que inventar para saciar la sed devoradora de oro de sus explotadores, como los nuestros, entonces empezarán á conquistarnos para el monopolio de nuestros mercados.

Si la amenaza es que la conquista ha de ser efecto de tomar nuestra civiliza-

ción, se procederá también por parte de aquellos *bárbaros* como han procedido los nuestros con ellos: lo uno es consecuencia de lo otro; y estará bien que nos *civilicen*, como ahora nosotros *civilizamos* á los chinos.

De todos modos, es un asunto tan largo, tan larguísimo, que se pierde de vista, y bien podemos dormir tranquilos; y, en tanto, decrece en interés el *peligro americano*, otra frase de relumbrón, y el *peligro ruso* y el *peligro alemán*, verdaderos peligros para la humanidad, y más que peligros, realidades horribles.

¡Qué pensar en el peligro amarillo, cuando el bárbaro cosaco en dos siglos ha destrozado naciones y más naciones hasta llegar al corazón de Europa, no para civilizarlas, que no podrían los salvajes de las estepas rusas, sino para saquearlas y oprimirlas!

Es el representante más genuino del absolutismo y del despotismo el que ha ligado sus dominios desde Turquía á Port Arthur, amenazando toda el Asia y toda Europa. Es la feudal Alemania, que sigue las huellas del cosaco, recogiendo fuera de Europa las migajas que le dejan, y que en Europa pesa como losa de plomo contra todo sentimiento de libertad, contra toda expansión popular.

Por esto, en la actual guerra, los trabajadores, con su buen instinto, se alegran de las derrotas de Rusia, no por amor á los japoneses ni á su causa, sino pensando en Polonia, en Siberia, en las periódicas matanzas de liberales rusos. Es innegable que la opinión sinceramente liberal del mundo desea el aniquilamiento del poder ruso, para que la libertad triunfe. Por esto el Kaiser, otro papa-rey-autócrata, pretende distraer la atención del punto interesante, hablándonos de las civilizaciones mongólicas. Por esto hemos de despreciar y olvidar tales quimeras remotísimas é improbables.

Además, no se cuenta con la huéspede-

da; y es ella la evolución que pueda efectuar la humanidad entera antes de correr el peligro de las invasiones mongólicas.

Ella está ya fuertemente iniciada, y es consecuencia forzosa de las luchas de la libertad contra la autoridad, hallándose ésta en grave peligro y vislumbándose el triunfo de aquélla. La aspiración popular está bien definida: barrer con todos los autoritarismos para afianzar la libertad y el bienestar humano. Que esta aspiración está representada por una fuerza social imponente, cada vez más avasalladora, lo prueba el éxito mismo del socialismo autoritario, que, como todos los partidos oportunistas, nacen para impedir los grandes saltos ó cataclismos sociales, y á ellos se aferran como tabla de salvación los náufragos del viejo orden y los que deseosos del nuevo, pero no convencidos, prefieren transigir y explotar las situaciones intermedias, á las que se amoldan mejor los intereses creados y la rutina social; y asimismo se camina y se efectúa la evolución humana.

El ingreso en los parlamentos y hasta en los gobiernos de los socialistas significa que el autoritarismo cede y transige, y cuando cede es por temor á algo peor para él, lo cual es manifiesto reconocimiento del poder libertario, que ha invadido todas las esferas sociales.

En consecuencia, es un hecho la evolución hacia la anulación del autoritarismo, en términos que se prevé, se siente su total derrumbamiento. Y como sea que las guerras y las conquistas, invasiones y atropellos de unos Estados por otros, y de unas razas por otras, todo ella es condición del autoritarismo, es esencia del poder autoritario, claro es como la luz que la nueva sociedad, libre de tales dominaciones y poderes, lejos de amenazar con la tiranía á los pueblos, les ofrecerá la más segura prenda de respeto, de fraternidad, de mutua y com-

pleta independencia, y no tendrían razón de ser las invasoras conquistas, que, si á pesar de todas las previsiones, pueblos ó razas bárbaras trataran de someter pueblos libres, no serían ya los ejércitos forzosos que se dispondrían á la pelea, sino los pueblos unánimes levantados en masa que se defenderían contra el salvajismo en defensa de la libertad, del bienestar, de los propios y comunes intereses, y que sería muy difícil vencer.

Pero hay más: si el peligro ha de ser el amarillo, sépase que un gran partido socialista existe en China y en el Japón, que pretende reformar el sistema autoritario de aquellos países; sépase que allí como aquí se lucha por un bienestar social, y que se está efectuando la misma evolución que la europea, lo cual no condice ciertamente con el dictado de estacionarios y de inferiores con que se nos quiere encantar.

Sépase que en el arrogante Japón, el temible, antes de la guerra, en un gran congreso obrero se protestó de la guerra y de las miras de los que la provocaban, declarando que nada tenía que reprochar al obrero ruso y por el contrario, le enviaban un mensaje de paz y de fraternidad; sépase, finalmente, que en la reunión del gran congreso internacional de asociaciones obreras celebrado el 15 de Agosto en Amsterdam, se ha dado el magnífico espectáculo, con estruendosos aplausos de todos los delegados, de estrecharse públicamente la mano los dos vicepresidentes del mismo, el japonés Katayama y el ruso Plekahnoff, declarando el primero su satisfacción por encontrar un compañero ruso y mostrar así que los socialistas japoneses no tienen ningún odio hacia el pueblo moscovita, á pesar de la guerra actual, que dijo era la más desastrosa de estos últimos tiempos, añadiendo que la guerra era una violación de la fraternidad internacional y que los socialistas japoneses esperaban desde el año 1896 una

revolu
manife
seaba
migo
con su
nuos
rusas
la poli
ruso
los jap
que el
del des
bó esta
legado
«En
la gue
los so
al pro
ficado
pitalis
que lo
se val

Fene

Si o
ceso
punto
ciendo
fluenci
predom
arrollo
estas
nos or
del tra
1.^a
que at
nidad
del ins
los ani
valor
cmien
ficació
2.^a

revolución social. Y el delegado ruso manifestó que el pueblo de Rusia no deseaba la guerra, que el gobierno, enemigo del pueblo, ha provocado al Japón con su política despótica; que los continuos desastres que sufren las fuerzas rusas no son más que un castigo justo de la política de un gobierno; que el pueblo ruso nada ganaría con un triunfo sobre los japoneses, y que se puede esperar que el Japón derribará una de las bases del despótico coloso. Y el congreso aprobó esta resolución, propuesta por un delegado francés:

«En los momentos actuales, en que la guerra inflige castigos al zarismo, los socialistas reunidos aquí saludan al proletariado ruso y japonés, sacrificado y asesinado por los gobiernos capitalistas de los dos países, y esperan que los socialistas de todos los países se valdrán de todos los medios posi-

bles para impedir que esos gobiernos extiendan su poder y que continúe la guerra.»

Este es el pueblo japonés y el pueblo ruso y todos los pueblos, esta es la aspiración de todos los trabajadores, sin distinción de razas, la lucha de todos los siglos de la libertad contra la autoridad, asistiendo á la última etapa de la evolución que ha de afianzar el bienestar humano, la fraternidad social, y que llegará, tarde ó temprano, pero mucho antes de que pueda efectuarse la invasión mongólica, á su finalidad triunfante: es la ley del progreso.

Es contra esto que los dépotas inventan peligros y conflictos, para que se olvide lo esencial y se pervierta el entendimiento; pero, como siempre, *se ha llegado tarde*.

El verdadero peligro es uno sólo: el *autoritarismo*.

J. Comas Costa

Fenómeno de reacción

Si observamos detenidamente el proceso evolutivo de los pueblos bajo el punto de vista moral é intelectual, haciendo un estudio á conciencia de la influencia ejercida por las supersticiones predominantes en cada época de su desarrollo, deduciremos claramente de él estas dos conclusiones sociológicas que nos orientarán para la mejor exposición del trabajo propuesto, á saber:

1.^a Que todas las supersticiones por que atraviesa y ha atravesado la humanidad son en su totalidad fruto natural del instinto de indagación propio á todos los animales y que en la moral tienen el valor de un paso en el camino del conocimiento de las leyes naturales é identificación con ellas; y

2.^a Que como resultado lógico de

esta verdad y por representar la evolución intelectual de las humanidades un cúmulo de renovaciones sucesivas, de choques continuados de unos principios contra otros, hay en la vida revivencias constantes de supersticiones que se manifiestan aunque en distintos aspectos para después morir fatalmente y dejar paso á otras nuevas destinadas también á morir y así sucesivamente.

Este fenómeno de reacción, manifestado no solo en los hombres de todas épocas sí que también en los animales aunque en menor grado, se manifestará eternamente, aunque en evolución constante y por lo tanto bajo un eterno diferente aspecto. Los principios aceptados, al ser destruidos por otros nuevos, atravesarán un período agónico de semi-vi-

vencia, menguando paulatinamente su influencia sobre la acción fecunda del hombre.

Englobando, pues, lo expuesto, podemos sintetizar estas ideas afirmando que en cada etapa de renovación del pensamiento, se produce en nuestra total interpretación de las cosas una reacción de lo convencional contra lo real, ora por ignorancia, ora por degeneración ó renunciamento.

Por una egoística resurrección del atavismo, nos aferramos esterilmente siempre á las ideas muertas.

Las acciones por las cuales pasa nuestra vida en el transcurso de su duración, están flageladas por las frías garras del renunciamento ante el espectáculo que nos ofrece la verdad y frente al cual quedamos en completo desconocimiento de nosotros mismos. Fáltanos aún el convencimiento heroico para traspasar el umbral de la impotencia, amando audazmente la verdad, esencia de nuestra vida.

Pero lo que más inutilizan nuestras íntimas revoluciones son las consecuencias morales y materiales que arrastra consigo todo cambio radical en el modo de proceder por el camino del conocimiento y de la acción.

Guyau, en su inmortal estudio sociológico *L' Irreligion de l' Avenir*, sumergiendo su sereno espíritu en tan magnánimo problema, exclama, con envidiable penetración:

«De aquí proviene que ciertos filósofos refinados se pregunten si la verdad y la claridad tendrán ventaja alguna, tanto en el Arte como en la Ciencia, en la moral y en la Religión, y hasta llegan á preferir el error filosófico ó religioso como más estético.» Y añade bellamente, glosando estos conceptos: «Se produce por momentos en las inteligencias modernas una revancha de la ficción contra la realidad.—El espíritu humano deja de ser el espejo, demasiado pasiva-

mente claro, donde se reflejan las cosas, y se complace en soplar sobre el vidrio para obscurecer y deformar las imágenes.»

Sentimos uncontraproducente empeño en mirarlo todo á través de la frialdad de la metafísica en sí, y por eso, esforzándonos, á estilo de nuevo Creador que todo lo anima á su gusto, nuestro cerebro forja varios conceptos, idealismos extravagantes, que esterilizan en parte nuestros actos, apartándoles cada vez más del centro de la actividad vital que solo se intensifica al calor de la Verdad.

En materia de sociología, por ejemplo, que es en donde surgen más concepciones renovadoras y se descuida algún tanto la solidificación de los hechos, es en donde más imprimimos el sello del renunciamento.

Ó sino, recordemos, por ejemplo, las célebres palabras del magistrado francés M. Fabreguettes, que Hamón nos cita en *Déterminisme et Responsabilité*.

Fabreguettes se espanta ante la concepción del Determinismo, que trae como inmediata consecuencia la irresponsabilidad humana en todos los actos sociales y exclama, con una lógica en nada envidiable, estas ó parecidas palabras:

«Aun admitiendo que el Determinismo sea una verdad reconocida científicamente, debemos oponernos á él, tenerlo por uno de tantos absurdos sociales, puesto que con su aceptación derrumbaríamos las bases de organización en que reposa la humanidad.»

Yo á esto contestaría que si con la aceptación del Determinismo fuese evidente la desaparición de la humanidad, tendríamos que trabajar todos con amor para precipitar lo posible nuestra extinción. La Verdad ha de triunfar siempre; solo así es posible la Vida.

Otro ejemplo de lo afirmado, son las muchas opiniones falsas que acerca el

ideal anárquico, hoy tan arraigado ya, han formulado hombres de reconocida cultura intelectual, pero á quienes falta aquella lógica precisión en solidificar ordenadamente y conclusión tras conclusión, los fenómenos naturales.

«El ideal anárquico, exclaman, es un sueño, un sueño hermoso, una verdad latente, *pero imposible de realizar.*»

¿Queréis más falsedad en esta afirmación hecha en las tinieblas de abstracciones perniciosas?

Una de dos: el ideal anárquico, ó es una falsedad hija de leyes mal interpretadas ó es una verdad y por lo tanto realizable. ¿Puede concebirse la Verdad fuera de la práctica de la Vida?

Y en cuanto á que es un sueño «hermoso» hay que responder que no hay supersticiones bellas y que la Belleza se encuentra sola y unicamente en la Verdad.

Repitémoslo de nuevo. El mal más grande que reacciona en contra de la fecundidad de nuestros actos, es el empeño ciego en querer examinar *in abstractum* la vida en su totalidad y forma, é idearse un sistema de la Naturaleza más lógico y más adaptado á nuestros instintos y deseos.

Se procede contrariamente al método racional y *único* de enlazar los hechos unos con otros para sacar conclusiones socio-morales, hijas del estudio por la cerebración *a posteriori*. Nuestros sentimientos se rebelan siempre, continuamente.

Ó sino, acordémonos de Darwin, que al lanzar al mundo sus nuevas teorías,

la gran masa de literatos y poetas idealistas (hoy casi sucede aún), rebeláronse, casi podríamos decir instintivamente.

Era degradar y ofender al hombre suponerle procedente de una raza inferior.

Sin embargo es esta una verdad admitida hoy por todos los sabios contemporáneos.

Para acabar, diremos que es evidente que la Verdad triunfa siempre en la transformación constante de las humanidades, mas contrariando esta noble evolución, á cada momento estallan impensadamente en nuestros cerebros reactividades atávicas, signos representativos de un divorcio con la Vida.

Schopenhauer, el apóstol del dolor, apesar de su claridad en el modo de apreciar los hechos no por eso se escapó de caer en una decepción profunda, al conocer la verdad de la vida humana y Hartmann, el filósofo de lo Inconsciente, como Guyau le ha llamado, preconiza la inactividad, la muerte absoluta como única felicidad.

Si el espíritu humano, en lugar de valorar las acciones de la vida con la medida de su gusto ideal, sumergiese su corazón en la Verdad, bella siempre; si nuestro pensamiento, abandonando toda fórmula de observar la vida, mirase solo á través de la realidad de los hechos, entrelazándolos y concibiendo conclusiones hijas tan solo de la indagación experimental, amaríamos entrañablemente la Verdad y nuestros actos determinarían una moral prometedora de constantes y augustas revoluciones.

A. López Rodrigo

El hombre y la Institución

«El ejército es una religión de hombres honrados», y naturalmente, si un deshonorado sale á la calle y dice que no

comprende esa honradez, ó escribe y critica sus principios, es lógico que se le reduzca al estado de fiera enjaulada.

Y si la crítica no satisface la vehemencia de sus convicciones, y siguiendo el ejemplo de la honradez colectiva se hace agresivo contra los principios y las personas que se derivan, parece también natural que se le fusile.

La sociedad, ha dicho Hobbes, es un contrato convenido, y para sostenerlo es necesario un poder coercitivo. Esto es muy moral... y humano.

La religión de los hombres honrados va aún más lejos.

Pasa por un punto denominado frontera otra religión de hombres honrados, y como en un mismo espacio no caben dos cuerpos, ni dos honradeces en un mismo Estado, chocan los ejércitos y los hombres se destruyen á cientos, á miles; es la lucha de las honradeces, que en este caso se llama guerra, y la guerra es así, tan amiga de la honradez como de la vida.

—¡Pero, hombre, eso no puede ser honrado! ¿Matar no es cosa prohibida por la religión, no es acto que rechaza la fraternidad, que repugna á la maternidad, que niega los simples afectos de la más ligera amistad?

Sí; y más aún. Es cosa que repugna á los mismos que matan. Yo puedo afirmar esto con pruebas rigurosamente históricas...

Al día siguiente de haber fusilado á un soldado, pregunté á uno de los que habían formado el pelotón de ejecución:

Óigame, joven: ¿Por qué disparó usted su fusil ayer contra aquel compañero desgraciado que le pusieron delante con los ojos tapados?

El muchacho en vez de contestarme palideció.

—¿Sabía V. acaso por qué le condenaron á la última pena? Y su palidez aumentó.

¿Entonces, tampoco sabía V. que ese hombre, que mataron ayer sus propios hermanos, tiene una madre que le quiere tanto como á V. la suya, y él la adora-

ba tanto como el que más pueda adorar al sér que le dió la vida? ¿No pensó V. que la noche última que pasó en su pueblo abrazó á su novia, pobre joven honrada que mirará con ojos de nostalgia el camino por donde le vió alejarse? ¿Ignora V. también que esa misma noche, tañendo la vieja vihuela, ya en las últimas horas cuando amanecía, corrió las calles del pueblo lanzando al aire coplas impregnadas de amor y de esperanza?

¿Tampoco sabe V., mi buen amigo, que su anciano padre piensa en los robustos brazos de su hijo para que hínque el arado en la dura tierra y comunique á las bestias los bríos de su lozana juventud y á simientes la pujanza del trabajo?

Dígame, amigo desgraciado. ¿Por qué mató V. al alegre compañero que por los paseos de la ciudad de guarnición, paseaba requebrando á las muchachas, sin poder olvidar las personas queridas que le esperarán perdurablemente allá en su pueblo?...

¿Por qué, diga, porque lo mató V?... No pudo contestarme. El pobre muchacho lloraba, lloraba sin cesar. Sus ojos estaban anegados en lágrimas; sus labios se contraían en muecas horribles que expresaban el llanto difícilmente contenido; un hipo convulsivo agitaba sus vísceras como queriendo estallar en una explosión de dolor infinito...

Cayó sentado sobre un banco del paseo; me senté á su lado y hablé, y hablé con una elocuencia que no poseo sino en casos análogos...

No volverá á fusilar á nadie más. Y hoy, lejos de la «religión» que tan horribles deberes impone, siente aún estremecimientos de espanto al pensar que también hubiera fusilado á los obreros, sus hermanos, ó su anciano padre amotinado contra «los contratos del poder coercitivo.»

Era en una ciudad de una colonia francesa. El día anterior, de regreso de la guerra del Dahomey había llegado un batallón. Los soldados, libres completamente de todo servicio, se agolpaban en los mostradores de las tabernas, bebiendo y cantando como militares franceses. Tras de un vaso, otro vaso; tras de una obscenidad, otra mayor; y luego de una blasfemia inhumana, salía otra expresión de desprecio á los hombres como si sus bocas fuesen troneras de fortificación y sus almas cámaras de cañón...

Entré en una taberna; me senté junto á un cabo de aspecto simpático y mirada inteligente. Saludé, me contestó con urbanidad esquisita...

—Qué, amigo; ¿ha matado V. muchos indígenas en ese país de salvajes?...

La verdad es que debe ser alegre disparar el Lebel sobre multitudes que huyen armadas de arcos, viejas lanzas y maderas duras. Debe producir un extraño contento ser irreverente con esas armas despreciables que sirvieron á nuestros lejanos abuelos trogloditas para preparar ambiente y espacio donde fundar las primeras civilizaciones históricas y nuestra propia civilización.

¡Qué entusiasmo destruir sus chozas, violar sus mujeres, degollar sus rapaces, sorprender las tribus nómadas, apoderarse de sus ganados, de sus camellos, de las pobres provisiones de sus sobrios festines; ¡y luego fusilar los *marabuts* (sacerdotes), á la vista de sus parientes y devotos, derribar sus fetiches, patear los sitios sagrados donde reposan sus muertos, donde practican los ritos de sus cultos salvajes... Debe ser un motivo de satisfacción grata é intensa observar los ojos de espanto que pondrán esas gentes cuando se destruyen sus cosechas, se incendian sus aldeas, se saquean sus aduares y sus sílos!

¡Y luego ver como se pudren al sol

cual repugnantes carroñas los hombres asesinados por la espalda; como se abaten las aves de rapiña sobre los cuerpos en descomposición; observar los chacales y las hienas como huyen por la maleza con el abdómen hinchado y los ojos congestionados por el hartazón de carne humana!...

¡Ja! ¡ja! ¡ja! Debe ser cosa de reír extremitosamente: ¿verdad, mi buen cabo?

—No, amigo mío, no; no sea V. irónico. Todo eso es muy salvaje; bastante más que los crímenes de su despotismo político y que el culto á las horribles serpientes de sus templos.

—¿Y V. no sabía lo que era la guerra; no se imaginaba lo que pudiera ser esa monstruosidad?

—Sí; he leído muchos libros que la impugnan; he oído muchos relatos que la hacen odiosa.

—¿Y por qué fué V. al Dahomey?

—No sé...

Y yo hablé y hablé con una elocuencia que no poseo sino en casos análogos...

Mi buen cabo odiaba la guerra... Me aseguró en voz baja que jamás volvería á matar más hombres; que nunca más atentaría contra la vida de sus semejantes; que sus hijos no serían soldados...

Y nos separamos como antiguos y fraternales amigos. Nuestra amistad fué íntima durante dos años.

Una vez tuve necesidad de abandonar la ciudad para procurarme en el campo el trabajo que había perdido; algunos meses después volví á la capital; corrí al cuartel, pregunté por mi amigo...

¿Quién, su amigo? me dijo un sargento con sonrisa burlona: Ascendió á suboficial y hace unos quince días que partió para Madagascar. Es extraño que V. no lo sepa...

No, no sé sino que el gobierno de París ha declarado la guerra al de Tananarive...

(De las *Notas de un bohemio*.)



Imposibilismo

¿El imposible existe? Desde luego podemos afirmar rotundamente que no. Bástanos solamente dirigir nuestra mirada al pasado, escudriñar nuestro presente y de ambos relacionados figurarnos un porvenir.

Con los datos de esta observación, caso de haber afirmado la existencia del imposible, habría lo suficiente para comprender lo erróneo de nuestro criterio.

Veáanse las generaciones que nos han precedido, sumidas en el tenebroso abismo del misterio y la aclaración que de él ha hecho la ciencia en el presente, para observar lo mismo en el concepto social, pues á pesar de la esclavitud en que vive el hombre presente, no deja de disfrutar una mayor libertad con relación al pasado y así sucesivamente en todas las manifestaciones de la vida, efecto consiguiente de una evolución progresiva.

Si el imposible existiera, no existiría la ciencia y permanecería la humanidad en completo estacionamiento.

Lo que verdaderamente existe es lo desconocido, pero como lo que hace al hombre evolutivo, son la necesidad y el deseo, es consecuencia, que por continuos esfuerzos encaminados á su satisfacción, deviene aquello accesible á su voluntad.



Sin embargo, á pesar de este palpable desenvolvimiento escudriñador con positivos resultado y de la estabilidad de la ciencia, debemos afirmar que vivimos en un ambiente de marcada imposibilidad.

No voy á pretender que este estado inconsciente se oponga al desenvolvimiento de la humanidad, pues fuera imposible

proceder contra Natura, pero sí que lo retarda, lo entorpece y le resta fuerzas.

El único que se sustrae de este ambiente es el hombre pensante, entiéndase de espíritu amplio y no envuelto su cerebro por bajas pasiones y medidas anti-progresivas ó bien sujeto á actos de puro egoísmo.

Todo lo desconocido despierta en aquel un deseo que procura satisfacer, dirigiendo todos sus esfuerzos, aunando todas sus facultades, superiorizando su espíritu al reducido ambiente en que vive, hasta constituir una acción con la cual vence ó cuando menos, en su impotencia vital, deja marcado camino para el descendiente continuador. ¿Ha satisfecho el deseo? No en el segundo caso, pero sin embargo, al luchar por el mismo ha cumplimentado sus emociones, ha vivido, que es lo más cierto, en la fe de su próxima realización, mientras que si hubiera permanecido inactivo hubiera á la vez sumido su existencia en el limbo-desastroso de los cristianos; sufriendo siempre el roedor martirio del deseo sin esperanza.

En cuanto á los otros, á pesar de sus esfuerzos en la realización del deseo, quedan vencidos por su debilidad de espíritu y cuando no, si es que logran vislumbrar algo, algún indicio tan sólo del fin propuesto, se interpone á su paso el egoísmo y sus pasiones prostituídas de una bajeza de sentimientos despreciables.

Véase sino el ejemplo que de ello se ha venido dando hasta la actualidad.

Desde la publicación del libro de Tomás Moro con el título de *Utopía*, en que dicho señor describía una república imaginaria y que creía implantable en la sociedad, ya han encontrado aquellos

espíritus establece de que ha

Desde hombre p del mism deseo de desterrar su embru bres han pación f desde q despert científic un sentid

La ob pura fan tivos á c de impos nar lo de ideal se obra; co cierto é

Mas c menos c mismos, retraími naria, y loñ han á su esta al homb un porv un falso

¿No e humanic fección mente? cación c complet

Aqué impoten marcad restric le auxil hombre genera

Y to sibilism

espíritus mezquinos, la palabra para establecer el ambiente de imposibilismo de que hablo.

Desde que la manifiesta tiranía del hombre por el hombre, de la explotación del mismo por el mismo ha conducido al deseo de vivir en una humanidad libre, desterrando de sí aquellos actos causa de su embrutecimiento; desde que los hombres han esparcido sus ideas de emancipación formando numerosos prosélitos; desde que la humanidad ha parecido despertar al impulso de la revolución científica, ha surgido esta palabra con un sentido expreso, conciso.

La obra de Tomás Moro se tachó de pura fantasía, y entre muchos calificativos á cual más negativos, se añadió el de imposible, y he aquí que para designar lo descabellado de una idea ó de un ideal se hace uso del título de dicha obra; con sentido despreciativo y con cierto énfasis se dice «utopía».

Mas de todos modos, no han podido menos que confesar la bondad de los mismos, los ideales, aunque con cierto retraimiento á causa de su vida rutinaria, y todos aquellos calificativos no los han aplicado más que con referencia á su establecimiento; no saben sustraerse al hombre presente, para amoldarle á un porvenir y hablan sólo apestados por un falso ambiente.

¿No están conformes con una nueva humanidad que representa en sí la perfección del hombre moral y materialmente? ¿Pues á que sustraerse á la aplicación de los medios para llegar á su completa estabilidad?

Aquél que ve al enfermo que, en la impotencia de su estado, permanece en marcado abandono y sujeto á continuas restricciones que le degeneran y no le auxilia, comete un crimen, mata un hombre, ¿qué más crimen es matar una generación?

Y todo por una falsa idea de imposibilismo.

Verdad es que ayudan sus manifestaciones de utopía el que sean muchos los ideales, pero no implica nada tal diversidad, pues en su fondo tienden todos al mejoramiento del hombre, á alcanzar su completa libertad, á regenerarlo; sus reglas no son más que sendas para llegar al logro del fin apetecido.

¿Qué el uno vence sobre los demás? No quiere esto decir que aquellos fueran imposibles, sino que por natural evolución, pues deseamos todo lo que representa una presión y por tanto un artificio, se ha emprendido la senda que con menos esfuerzos podía realizarse.

Admito que el hombre pueda equivocarse en la elección, pero todo ello representa en suma, un retraso que puede subsanar.

En cuanto á estos seres pensantes, puede considerárseles á los unos apocados, miedosos quizás por el temor de perder su estabilidad en una lucha de serios caracteres, otros, egoístas anexos á la tiranía y quizás tiranos y los demás, los más temibles, fanáticos.

Mas en todos ellos, se nota una falta de convencimiento que denota á la vez los diferentes defectos de que adolecen y que enumeramos.

Como temiendo, debido al impulso evolutivo de ideales, un desbordamiento consciente ó inconsciente de fatales consecuencias, se complacen en aplicar atenuantes, procurando dar fuerza á su utopía, pero siempre con procedimientos rutinarios, siempre con el fatal presente despojado de toda relación de pasado y porvenir.

Pero sus atenuantes son de resultados transitorios, hacen el efecto de un vestido inservible que se le quiere utilizar aún por algunos días ó meses, ajustando sus desgarros con pedazos de varios colores pero que sirven interinamente para el sostenimiento de los hilos separados.

Desgraciadamente, encuentran sus

atenuantes aceptación. ¿Pero es esa una condición que asegura su bondad? En ningún modo.

Los que observan las consecuencias de los mismos naturalmente son los oprimidos; la opresión es política y económica, representada la primera por el Estado y por el capital la segunda, pero ambas siguiendo de completo acuerdo, tanto es así que es imposible el sostenimiento de la una sin ayuda manifiesta de la otra; de ellas, ó mas bien de los hombres que las representan (economistas, sociólogos etc., etc.), emanan en forma de leyes, la mayoría de las veces, aquellos atenuantes, pero siempre en completa relación de ambas tiranías.

Así, casi siempre, la primera sirve para satisfacer las concupiscencias de la segunda, haciendo valer derechos que amparan un instinto conservador y una justicia no menos conservadora y mediante argumentos de una fuerza más que moral, material.

Pero aquélla es exigente y somete continuamente á nuevas pruebas al oprimido, para circunscribirle á un límite de acción que degenera en impotencia, mas cuando ya, insoportable, parece bullir y desarrollarse un germen de protesta, acude entonces al Estado para simular un arreglo y acallar ó más bien ahogar el germen.

¿Queda ahogado? No, pero sí acallado forzosamente; y no parecerá ello extraño si se tiene en cuenta que una situación precaria, como es la del esclavo, tiene casi un carácter momentáneo por su exigencia, que satisface un bienestar relativo que produce el calmante; y,

como espíritus débiles que son, por un grado de aquella inpotencia anexa á la misma esclavitud, que hace que para cualquier deseo de emancipación tengan que aunar esfuerzos sobrehumanos, desvirtuados á la vez por la fuerza de ambas tiranías, arraiga fácilmente en ellos el sentimiento de imposibilidad y dan creencia absoluta á la palabra utopía.

Eso por una parte, y por otra si se tienen en cuenta los defectos de una sociedad en completo desorden y en que impera el egoísmo desenfrenado, pudiendo afirmarse que no existe verdaderamente el deseo de que es efecto todo progreso, resulta reducirse todo á la satisfacción de aquel egoísmo, desechando toda fe en el cumplimiento próximo de un ideal y sumiéndose en el somnoliento presente.

Anida, de todos modos, en el oprimido un rencor profundo y permanente hacia el opresor, pero, inconsciente casi siempre y desconocedor de su personalidad, déjase arrastrar y prostituir por un ambiente insano y sucumbe en el tenebroso imposible.

Que este ambiente insano de imposibilismo, que tan fatalmente entorpece el camino de emancipación, subsistirá, es indudable; aunque seguramente alcanzará su límite, cuando el progreso individual haya llegado á un grado relativamente máximo, para que lejos de toda alucinación, consecuencia de una mayor potencia moral en cierto grado indestructible por tiranas exigencias, sienta el hombre como el tipo pensante que cada día va afirmando un marcado desarrollo intelectual.

Recibido:

El Aplicado, colección de cuentos para niños, biblioteca «El Sol» de la Coruña.—*La Anarquía ante los tribunales*, por Pedro Gori (pedidos á Francisco Rey, Industria, 4, Sevilla, y prensa libertaria.)

Boletín de la Biblioteca Museo Balaguer, de Villanueva y Geltrú.

Imprenta Moderna de GUINART Y PUJOLAR.—Cortes, 645 (chafán Bruch).—BARCELONA

N

DIRECCIÓN

Á L

No
anarquistas
Sr. Salas
afirman
ya defini
que no se
integral
«pacífica
privilegi
la emanc
tista, del
vigorosa
del poder
número,
escritore
ción de l
que toda

La c

Cuan
de la ca
marcha
cional y
lución s
pensam
obreras
hablába
de no po
la acció
Pero,
circunst
profund
consiste
la demo
todos cr
civilizac
ches rel
enterra
No fu